

## CAPÍTULO XXI

---

### Caridad para con los pobres

El Padre Champagnat no limitaba su caridad a las obras espirituales de misericordia. Cuando sus escasos recursos se lo permitían, socorría también a los pobres en sus necesidades. Tres motivos lo impulsaban a ello:

1. Su corazón bondadoso, que no podía ver sufrir a nadie sin sentirse movido a compasión y desear aliviarlo.
2. El profundo respeto y el amor que profesaba a Nuestro Señor hecho pobre por nosotros, a quien los pobres recuerdan y de quien son imagen.
3. El ardiente deseo que tenía de trabajar en la salvación de las almas, deseo que con sus limosnas podía satisfacer.

Al dar limosna, casi siempre dirigía una palabra de edificación a quien se la pedía. Si se trataba de un niño, le preguntaba si conocía las principales verdades de la religión, y según los casos, le hacía una exhortación o le daba una breve instrucción.

En un viaje que realizó a París, al bajar de la diligencia, se le acercaron varios chiquillos y, como de costumbre, le pidieron unas monedas.

“Con gusto os las daré –les respondió– si sabéis el catecismo.” Y se puso a preguntarles sobre los principales misterios. Desagradable fue su sorpresa al encontrar un muchacho de diez años que no tenía ni idea. Cuando le dio la limosna, le dijo: “Hijo mío, volveré dentro de un mes; si para entonces has aprendido los misterios, te daré un real.”<sup>1</sup>

El chiquillo le prometió que trataría de que sus compañeros u otras personas se lo enseñaran: y cumplió su palabra. Cuando volvió a pasar el Padre, vio que el niño corría a su encuentro y le gritaba: “¡Señor cura, ya he aprendido el catecismo, déme el real que me prometió!” Efectivamente, sabía muy bien los misterios, y el Padre, muy satisfecho, le dio la recompensa prometida.

Al llegar de coadjutor a Lavalla, se encontró con que algunos padres, pobres y descuidados, dejaban a sus hijos en completa ignorancia de las verdades religiosas, por no mandarles a la escuela ni al catecismo. Recogió a esos muchachos en casa de los Hermanos, y se encargó de alimentarlos y vestirlos.

El primer año recogió a doce<sup>2</sup>; el número se incrementó en años sucesivos y recibió a cuantos cabían en la casa. Sus obras de beneficencia no se limitaban a los niños; llegaban a todos los pobres de la parroquia: ninguno acudió a él sin verse socorrido. A unos les proporcionaba pan; a otros, ropa, vestidos. Hacía preparar alimentos apropiados para los enfermos y mandaba a dos Hermanos o a una persona caritativa para velarlos durante la noche.

Un día vinieron a llamarle para asistir a un enfermo. Acudió inmediatamente a visitarlo y encontró al desdichado cubierto de úlceras, echado sobre unas pajas y con sólo unos andrajos para cubrir su desnudez y sus llagas. Movido a profunda compasión ante tanto sufrimiento y desamparo, primero dirigió al enfermo unas palabras de consuelo. Luego se apresuró a llamar al Hermano administrador y le ordenó que enviara inmediatamente un jergón, sábanas y mantas para el enfermo.

Pero, Padre –le advirtió el Hermano–, no disponemos de ningún jergón en este momento.

– ¡Cómo! –repuso el Padre–, ¿que no hay un solo jergón en toda la casa?

- Estoy seguro de que no queda ni uno. Recuerde que el último lo entregué hace pocos días.

- Pues vaya y tome el de mi cama, y lléveselo inmediatamente a este pobre enfermo.

Eso de quitarse de lo suyo para socorrer a los pobres o para dárselo a los Hermanos le ocurría con cierta frecuencia.

Otra vez, una persona piadosa le rogó que fuese a visitar a un desgraciado que, aun tullido, enfermo y sumido en absoluta miseria, vomitaba blasfemias horribles contra la religión e insultos groseros contra quienes tenían la caridad de visitarlo y socorrerlo.

El Padre no escatimó medio alguno para ablandar su corazón empedernido. Pero todo fue inútil: se vio obligado a retirarse para no provocar nuevas blasfemias.

Llegado a casa, dijo al Hermano limosnero: "Sólo hay un medio para ganar a ese hombre: socorrerlo y pagar con servicios sus insultos. La caridad, únicamente la caridad, puede conseguir su conversión. Por eso, hay que proporcionarle cuanto necesite, estar continuamente a su lado, velarlo incluso durante la noche, hablarle con suma bondad y ternura, y orar mucho por su conversión. Pero durante algún tiempo es mejor no hablarle de religión y así evitar sus blasfemias. Dios hará lo demás."

Siguieron puntualmente estos prudentes consejos y se consiguió el resultado apetecido. El enfermo, al verse rodeado de tales atenciones y tratado con tanta caridad, quedó tan conmovido, que un día exclamó: "¡Ah, ya veo que la religión es verdadera, pues es capaz de inspirar tan gran abnegación y caridad: sólo ella puede impulsarnos no sólo a aguantarme -que ya es mucho-, sino incluso a atenderme y prodigarme mayores atenciones de las que pudieran ofrecerme parientes o criados, si los tuviera."

Pidió que viniera el Padre Champagnat, con quien se confesó después de pedirle perdón varias veces por haberlo recibido tan mal la primera vez.

Aquel hombre murió poco después, fortalecido con los sacramentos y con sentimientos muy cristianos.

\* \* \*

Por aquella misma época, lo llamaron para confesar a una mujer enferma. La halló en tal desamparo, que ni leña tenía para la lumbre. La confesó, consoló y la exhortó a poner su confianza en Dios y ofrecerle sus sufrimientos y privaciones. Pero consciente de que en una situación así no bastan palabras de consuelo, mandó que le llevaran alimentos, ropa y combustible. Le consiguió, además, asistencia día y noche, y un médico para que la visitara y le ofreciese desinteresadamente sus servicios.

Cuando murió la mujer, el Padre Champagnat se hizo cargo de un hijo que dejaba. A consecuencia de la larga enfermedad de su madre y su extremada pobreza, el muchacho no había recibido formación religiosa alguna. Pero había adquirido malas costumbres que le malearon el carácter y el corazón y anularon por largo tiempo los cuidados que le prodigaban. Los Hermanos, a quienes el Padre Champagnat lo había encomendado, no le dejaron carecer de nada en cuanto a alimentación y vestido; lo tuvieron en clase, se esforzaron por infundirle principios religiosos, por corregir sus defectos y malos hábitos. Pero, en vez de aprovechar tanta atención y mostrar agradecimiento, correspondía con insultos, ingratitud y rebeldía. Acostumbrado a vivir vagabundo y a merced de sus malas inclinaciones, no pudo soportar la sujeción que le exigía la vida reglamentada de un centro educativo, ni las lecciones y advertencias paternas de los Hermanos.

Se fugó varias veces, pues prefería mendigar el pan y vivir en la miseria que doblegar su carácter levantisco y someterse a la disciplina de la escuela.

Los Hermanos lo volvían a traer cada vez a casa, y adoptaron todos los medios que les sugería su celo para corregirlo, atraérselo e inspirarle mejores sentimientos. Pero,

desalentados ante el escaso resultado de sus esfuerzos, terminaron por pedir al Padre que lo abandonara a su desdichada suerte. “Estamos perdiendo el tiempo con este niño –le dijeron–, y tarde o temprano tendremos que despedirlo.”

El piadoso Fundador, cuyo celo era mas tenaz y comprensivo, les animó primero a tener paciencia y a rogar por aquel pobre desgraciado. Pero al ver que insistían en la expulsión, les dijo: “Amigos, si lo que queréis es deshaceros de este pobre huérfano, os será muy fácil. Pero, que mérito podéis tener con echarlo a la calle? Si lo abandonáis, no os da miedo que Dios os pida cuentas de su alma? ¿No teméis tampoco perder la oportunidad de ejercitar la caridad, el celo, y, por consiguiente, perder el mérito de conseguir que ese niño vuelva a la senda de la virtud? Si lo expulsáis, Dios confiara a otro su cuidado y la gracia de educarlo; y, aunque demasiado tarde, lamentaréis el haberos privado, por falta de paciencia, de tan gloriosa misión. Hemos adoptado a este niño; no podemos abandonarlo, tenemos que guardarlo por doloroso que resulte ver que no corresponde a nuestros desvelos. Pero hemos de trabajar sin descanso en conseguir que sea como deseamos.”

“Por lo demás –añadió–, tened buen ánimo: Dios no puede consentir que sean estériles tantos sacrificios, tantos actos de caridad empleados con él. Encomendadle a Dios y ya veréis cómo muy pronto os causará tanto consuelo como disgustos os ha ocasionado hasta el presente.”

Efectivamente, poco después, aquel chico que durante varios años había causado tantos disgustos a los Hermanos por su mal comportamiento, cambió radicalmente: se tornó manso, dócil, bueno y piadoso como un ángel. Después de hacer la primera comunión con edificantes disposiciones, pidió ser admitido en la comunidad, favor que le fue concedido. Lleno de aprecio por su vocación, fue un Hermano<sup>3</sup> piadoso, observante y obediente, y murió como un predestinado a la edad de veintiún años, en los brazos del Padre Champagnat, después de haberle agradecido cuanto había hecho por él.

\* \* \*

Este ejemplo nos recuerda las instrucciones que el piadoso Fundador daba a los Hermanos a propósito de los niños que por su conducta se exponen a ser despedidos de la escuela. “La expulsión de un niño –decía– es algo sumamente grave, el último y más terrible de los castigos. Las faltas que lo motivan son excepcionales si en la clase reina la disciplina y el profesor mantiene su autoridad. Si me preguntáis que faltas se hacen acreedoras a tal castigo, tengo que responderos que no conozco ninguna que por sí misma merezca esta sanción, cuando el muchacho que ha incurrido en ella es capaz de enmienda y está seriamente dispuesto a corregirse. En definitiva, la expulsión es tan sólo para quienes resulten incorregibles o cuyos vicios contagian a los demás en la escuela.

Antes de expulsar a un muchacho es, pues, necesario:

1. Estar totalmente seguro de su culpabilidad y de la gravedad de sus faltas.
2. Estar igualmente seguro de que el contagio es real y que el muchacho es una *oveja sarnosa*.
3. Haber agotado todos los medios para corregir al niño e impedir el contagio.
4. Orar, reflexionar, asesorarse. Un asunto de tal importancia ha de tratarse primero con Dios, y la prudencia exige que se tomen todos los medios que pide la caridad para justificar esta medida.

Por eso, no sin motivo he afirmado que la expulsión es un castigo sumamente grave y que debe ser excepcional. Aplicárselo a un niño porque no se ha doblegado ante una amenaza imprudente, porque no nos cae bien por su carácter o nos resulta desagradable, porque es ligero e inquieto, porque se ausenta con facilidad de la escuela o falta a

los oficios, porque no ha cumplido ciertos castigos, o por cualquier falta parecida, es faltar al deber, pecar contra la justicia y difamar al niño ante toda la parroquia: pues la expulsión hace suponer faltas graves y una conducta escandalosa.

Cuando la expulsión no está suficientemente justificada, provoca las críticas y quejas de la gente, excita la cólera y el odio de los padres del afectado, enajena el ánimo de tales niños y los encona definitivamente contra los Hermanos. Si pensáramos todas estas consecuencias, nos guardaríamos mucho de acalorarnos y expulsar a un muchacho en un momento de arrebató, de pasión o por faltas que, por graves que parezcan, no perjudican a los demás niños, ni amenazan su inocencia, ni provocan mal espíritu o grave indisciplina en la escuela.

El despido de un alumno queda exclusivamente reservado al Hermano Director. Si otro Hermano se permitiera por su cuenta y riesgo infligir tal castigo, faltaría a un deber primordial.

Cuando un niño merece la expulsión, hay que aconsejarle que se retire por su cuenta, o llamar a los padres, y, después de darles a conocer el comportamiento de su hijo, rogarles que se lo lleven para ahorrarles el bochorno de la expulsión."

\* \* \*

Las necesidades de los pobres eran una preocupación constante del buen Padre. Y lo manifestaba cada vez que se presentaba ocasión. Si veía que alguien malgastaba las cosas, le decía: "¿No se da cuenta de que muchos menesterosos carecen de lo necesario y se considerarían felices si tuvieran lo que usted despilfarra o deja echar a perder?"

Repetía con frecuencia: "Nos haríamos muy culpables si hiciéramos gastos inútiles y buscáramos lo superfluo, cuando tantos pobres carecen de pan y vestido. Quien es insensible a las miserias y privaciones de los miembros dolientes de Jesucristo y no ahorra lo que puede, cuidando debidamente las cosas, para ayudarlos, no tiene caridad. Los santos, que ardían en amor de Dios, amaban a los pobres como a hermanos. Por eso se privaban y desprendían de lo necesario para socorrerlos"

Al principio de cada invierno el piadoso Fundador mandaba remendar toda la ropa usada que había en la comunidad<sup>4</sup>. La empaquetaba y se la enviaba a los Hermanos que se hallaban en lugares montañosos, para que la repartiesen entre los pobres. Alguien le hizo observar que arreglar toda aquella ropa costaba mucho, y que sería más rápido entregarla tal como estaba, que ya se encargarían de remendarla los pobres por su cuenta. Respondió: "No me cabe duda de que sería más rápido, pero, quedarían los pobres más satisfechos y nuestra caridad sería más delicada? De eso ya no estoy tan seguro. Si reparte la ropa tal como está, algunos pobres no se molestarán en remendarla, y, después de haberla usado unos días, quedará inservible; otros no tendrán hilo ni remiendos. Es preferible que nos cueste un poco más y hacer las cosas como Dios manda.

Otro acto de caridad que el Padre Champagnat ejerció los últimos años de su vida, fue recoger y cuidar a varios ancianos<sup>5</sup> desamparados y sin medios de ganarse la vida, expuestos a toda clase de privaciones. Puso un Hermano a su servicio, y les proporcionó cuanto necesitaban sin exigirles más que vivir como buenos cristianos. Algunos de ellos estaban afectados de enfermedades repugnantes; otros añadían a los padecimientos físicos lacras morales. Por ello resultaba muy penoso y difícil atenderlos. Pero la caridad, que es paciente, que todo lo soporta<sup>6</sup>, que a nada hace ascós, ayudó a nuestro venerado Padre a superar todas aquellas miserias. Ni que decir tiene que no se limitó a remediar sus necesidades físicas y aliviar sus dolencias corporales. El celo lo impulsó, sobre todo, a ocuparse de su alma, a instruirlos y prepararlos a la recepción de sacramentos, a enseñarles a rezar y a santificar sus padecimientos por la aceptación de la voluntad de Dios y la unión con los sufrimientos de Jesucristo. A sugerencia suya,

aquellos ancianos se trazaron un reglamento, distribuyendo el tiempo entre la oración y una ocupación adecuada a sus fuerzas y salud. Diariamente asistían a la santa misa, se ocupaban en lecturas edificantes, rezaban el rosario y hacían la visita al Santísimo Sacramento.

El Hermano encargado velaba por su conducta, les llamaba la atención si se descuidaban, y los acompañaba en sus prácticas de piedad, ayudándoles a cumplirlas debidamente.

Todos aquellos ancianos murieron cristianamente, y dejaron al Padre Champagnat el consuelo de haber hecho más bien a sus almas que a sus cuerpos<sup>7</sup>.

El espíritu de fe que animaba al piadoso Fundador, le hacía ver en los pobres la imagen de Jesucristo, hecho pobre por nosotros, y le infundía un profundo respeto hacia ellos. Y si no siempre pudo atenderlos, al menos les prodigaba el consuelo, los ánimos y las muestras de interés de que era capaz.

Se hallaba en una ocasión visitando una escuela. Al pasar, le pareció oír que el Hermano portero dirigía unas palabras injuriosas a un mendigo que había llamado a la puerta. Como no captó bien el sentido de las palabras, y además estaba muy ocupado en aquel momento, le pareció oportuno no dar mayor importancia al asunto.

Pero por la noche, al recordar lo acaecido, sintió vivos remordimientos de no haber llamado la atención al Hermano. Al día siguiente lo mandó llamar para cambiar impresiones al respecto. El Hermano reconoció que había usado para con aquel pobre términos un tanto ásperos; pero le advirtió que era el único modo de quitarse de encima a quien abusaba de la bondad y caridad que tenían para con él.

Aunque por la virtud y carácter del Hermano pudiese dar crédito a sus palabras, y quedar tranquilo, tras haberle hecho muchas preguntas, volvió expresamente a aquella casa<sup>8</sup>, que quedaba a sólo tres leguas del Hermitage, para preguntar a un sacerdote del lugar que podría ofrecerle alguna información, ya que también él había sido testigo presencial de lo ocurrido. Y sólo quedó totalmente tranquilo cuando aquel sacerdote le dijo que el Hermano en modo alguno merecía ser reprendido, pues el carácter y falta de juicio de aquel pobre requerían que se le tratase de ese modo.

Al no poder proporcionar a los pobres todos los auxilios corporales que hubiera deseado, porque su condición y recursos no se lo permitían, se resarcía ampliamente formando maestros para ofrecer a los niños pobres<sup>9</sup> instrucción primaria y educación cristiana.

Precisamente para ellos fundó el Instituto, y quiere que los Hermanos se consideren, de modo particular, encargados de su instrucción. Entre los primeros compromisos que exigía a los Hermanos, se menciona expresamente éste. El piadoso Fundador lo consideró tan importante, que lo puso en primer lugar. *Nos comprometemos, ante todo* –se lee en el texto– *a instruir gratuitamente a todos los niños pobres que nos presente el señor párroco*<sup>10</sup>. No se conformaba con que se les enseñase el catecismo; quería que, además, les impartiesen cuantos conocimientos pudieran serles necesarios según su posición social, y que no hubiese diferencia alguna de trato entre ellos y los niños ricos.

La igualdad debe ser la suprema ley en la escuela de los Hermanos. En ella no debe haber preferencia ni privilegio alguno por razón de la persona, categoría o cualquier otra cualidad externa. Todos, ricos y pobres, deben ser tratados según sus merecimientos, capacidad, virtud y conducta personal. Esta igualdad ha de abarcar todos los aspectos educativos del niño: aula, estudios, castigos, premios y atenciones. El niño pobre ocupará en la escuela el puesto que le corresponda no por su rango social o su fortuna, sino según su capacidad. Por eso podrá, si sus dotes intelectuales se lo permiten, seguir todos los niveles, abarcar todos los programas, estar junto al rico, competir con él, e, incluso, sobrepasarlo.

Finalmente, en la escuela, un Hermano debe ignorar, si es posible, la situación social de sus alumnos y ver en ellos únicamente lo que le descubre la fe, no atender más que a su comportamiento personal, quererlos y tratarlos a todos como a hijos.

“No quiere esto decir, sin embargo –advertía con prudencia el Padre Champagnat–, que no haya que tener a veces algún miramiento con un determinado niño, cuando lo exija su bien o el de la escuela. Así, por ejemplo, no debe colocarse a un niño rico y aseado junto a otro plagado de piojos<sup>11</sup>, pues los padres de aquél podrían molestarse con razón. El segundo deberá ser colocado de modo que no pueda transmitir a nadie lo que le hace repelente a los demás.

En casos así, las atenciones que tengamos para con el niño rico repercuten en favor del pobre: el interés hacia aquél es para proporcionar a éste los medios de instruirse; ya que en la mayoría de los casos, si no hubiera niños ricos para asegurar la manutención de los Hermanos, la escuela no podría sostenerse.

Pero si la prudencia y cordura permiten e incluso obligan, a veces, a tales miramientos, el espíritu de fe, por el que vemos en el pobre la imagen de Jesús humillado y hecho pobre por nosotros, debe inspirar a un Hermano gran respeto y amor al niño necesitado, respeto y amor que deben expresarse en toda circunstancia con muestras de benevolencia y aprecio, con cuidados más asiduos para ayudarlo a progresar en los estudios y con una atención permanente para tratarlo como a los demás.

Tal es el modo de proceder que el piadoso Fundador quiere que los Hermanos tengan con los alumnos pobres.



<sup>1</sup> Cinco “sous” equivalen a un cuarto de franco, que traducimos por “un real”, fracción equivalente de la peseta. El salario de un día de trabajo de un obrero puede calcularse alrededor de tres francos en 1838.

<sup>2</sup> El P. Champagnat escribe a Juan María Granjon, el 1 de diciembre de 1823: “Respecto a Lavalla, parece que vamos a tener bastantes niños y bastantes pobres. Gracias a Dios, haremos cuanto podamos para alimentarlos” (LPC 1, doc. 1, pág. 30). Cfr. OME, doc. 166 (17), pág. 445.

<sup>3</sup> Se trata del Hermano Nilamón (Juan Bautista Berne), fallecido en 1830 (BI XXVIII, págs. 409-413).

<sup>4</sup> “Os recomendamos que pongáis en los paquetes la ropa desechada y hábitos viejos que ya no sirvan y los enviéis...” (LPC 1, doc. 266, pág. 500, líneas 29-33).

<sup>5</sup> Cfr. A.BALKO, “Casa de Beneficiencia”. FMS, n.º 16, pág. 209, 1975. El 1 de diciembre de 1832, en su libro de contabilidad (folio 37), el P. Champagnat escribe: “Hoy, sábado, 1 de diciembre de 1832, día gozoso, día afortunado en que hemos contribuido a una buena obra realizada por la señorita Fournas, recibiendo a dos enfermos incurables.”

<sup>6</sup> 1 Co 13, 4,7.

<sup>7</sup> “El Padre recibió... al viejo Chazelle, zapatero, que tomó luego el hábito con el nombre de Hermano Espiridión” (AA, pág. 132 y págs. 300-301).

<sup>8</sup> No es posible saber si se trata de Tarentaise o de Valbonoïte, ambas a tres leguas (12 km) del Hermitage.

<sup>9</sup> “En nuestras escuelas se enseña gratuitamente a los niños pobres...” (Champagnat, cuaderno 1, art. 15, pág. 21. AFM 0132.0102).

<sup>10</sup> Cfr. OME, doc. 342, pág. 103 y doc. 52, pág. 138.

<sup>11</sup> María Francisca Baché, nacida en Lavalla en 1828, declara: “Conservo una vaga idea de haberlo visto cuando era niña. Únicamente he oído hablar mucho de él a mi madre que incluso le ayudaba en sus obras asistenciales. Entre ellas, varias veces tuvo que quitar piojos a varios niños pobres que acogía e instruía, algunos de los cuales llegaron a ser Hermanos” (CPO, fol. 291).